

# EL TIEMPO ES EL QUE ES (EL MINISTERIO DEL TIEMPO)

Anaïs Schaaff / Javier Pascual

---

## Prólogo

### I

Cuando mi hermano Pablo y yo empezamos a desarrollar El Ministerio del Tiempo, jamás pensamos que se acabaría convirtiendo en algo que moviera una legión de (maravillosos) fans. Que se convirtiera en un fenómeno transmedia. Que acabara transformándose, más allá de lo que es la propia serie, en realidad virtual y protagonista de las redes sociales.

Sólo queríamos hacer una serie que nos gustara ver. Aunque no la vendiéramos. Deseábamos contar nuestros sentimientos. Pasear por la Historia viviendo momentos que habíamos leído y estudiado. Disfrutar de aventuras como aquellas que tanto nos gustaban leer o ver en películas y series.

Sólo queríamos recordarnos a nosotros mismos algo tan sencillo como que éramos guionistas. Ese oficio tan ninguneado en este país. Ese oficio que te permite vivir otras vidas porque con la nuestra no nos basta.

—Tenemos que hacer algo diferente —dije yo.

Silencio.

—Y ¿por qué no una serie de viajes por el tiempo? —respondió él.

Sonrisa (mía). Nuevo silencio (de los dos). Unos ojos, los de Pablo, que pese a que me miraban, estaban buscando en no sé qué lugar una idea. Y la encontró. Como siempre. Convirtiendo lo complejo en sencillo sin que dejara de ser complejo. Brillante. Como nunca.

—Un ministerio. Un ministerio del tiempo... Con funcionarios. Algo de género fantástico por el tema, pero que sea cotidiano. Como el cine de Berlanga.

Recuerdo aquel momento, ya hace catorce años, como si fuera ayer mismo. Últimamente más, porque la serie vive conmigo cada día. Y porque Pablo no vive con nosotros desde hace un tiempo. Pero, sobre todo, porque la serie me hace recordarle cada día como si ya no lo hiciera por el hecho de ser mi hermano, mi compañero y mi amigo.

Hubo que esperar. Había que seguir peleando el día a día. Hasta que llegó el momento en que crear la serie fue urgente, porque mi hermano no quería irse sin hacer una serie diferente. Como las que nos gustaba ver. Aunque no la vendiéramos.

Los conceptos estaban claros: aventura, género fantástico e Historia. Referencias pop. Y mucho sentimiento. Porque si en la serie se viaja por el tiempo a través de puertas, en la vida real se hace a través de los recuerdos. Una trama (la de la aventura) llevaría a una época en cada capítulo. Como rezaba el eslogan que creó Pablo: «¿Por qué hacer una serie de época, pudiendo hacer una serie con TODAS las épocas?».

Pero, en paralelo, siempre otra gran trama: la de las emociones de nuestros protagonistas. El choque cultural de tres personajes de distintas épocas. Y, sobre todo, la posibilidad de viajar por el tiempo no ya para salvar la Historia, sino para revivir sus historias. Las personales e intransferibles.

Durante el tiempo que creamos la serie hasta que nos dijimos adiós, yo estructuraba y ordenaba el aluvión de ideas (con Anaïs Schaaff). Pablo iba más lejos. Como los personajes de la serie, revisaba su vida. Lograba que su propia vida se encarnara en Julián, en Alonso, en Amelia. Porque, en realidad, estaba viajando por el tiempo. Apasionadamente. Sin tapujos ni barreras. Porque era precisamente poco el tiempo que le quedaba.

Cuando se fue, el que empezó a viajar por el tiempo fui yo. Recordándole. Aún sigo haciéndolo.

## II

Esta novela se titula El tiempo es el que es, santo y seña del Ministerio y de la serie. Es también una frase de Pablo. No puede haber mejor título.

Esta novela es hija de la serie. Por lo tanto, asume sus conceptos básicos: aventura, fantasía e Historia. Y sentimientos.

Esta novela la escriben Anaïs Schaaff y Javier Pascual. Os los presento.

Anaïs Schaaff es compañera de viaje desde hace muchos años que han pasado tan rápidamente que parecen semanas. Solamente la cantidad de capítulos que hemos hecho juntos certifican que aunque el tiempo pase veloz, es el que es. Nos conocimos en Ventdelplà, serie puntera de la ficción catalana. Allí, en Barcelona, creamos juntos Kubala, Moreno i Manchón. No era una serie de futbolistas, sino de detectives privados. De los de verdad. Sin pistolas. Aburridos de perseguir maridos infieles, espías industriales, morosos y fraudes laborales. Luego, cuando creé Isabel, ambos estuvimos junto con Pablo escribiendo la primera temporada. Después, lo mismo con Víctor Ros. Más tarde llegó El Ministerio del Tiempo.

Javier Pascual tiene dos cosas en común con Pablo y conmigo: el Atlético de Madrid y que es guionista. Incorporado a la serie en su segunda temporada,

Javier conocía bien el Ministerio: nos había ayudado a pulirlo desde su función de subdirector de Ficción de TVE. Aparte del trabajo en común, la cafetería del hotel Emperador llevaba siendo, desde hacía años, el escenario donde hablábamos de lo que más nos gusta: de fútbol, de series y de guiones. Su nivel de conocimiento de la ficción actual y no tan actual, su cultura audiovisual, su concepto del oficio y la capacidad de mezclar géneros y la ironía en todo lo que leía en sus guiones (que se puede comprobar en Viral, guión suyo) hicieron que tuviéramos una afinidad inmediata. Cuando decidió arriesgarse en las procelosas aguas del freelance, procuré darle prisa para que no se fuera a torear a otros ruidos.

Anaïs y Javier son piezas clave de El Ministerio del Tiempo. Nadie mejor que ellos para escribir esta novela. Porque reúnen tres factores que la serie (y el oficio de escribir) exige: ganas de aventuras, emoción y ética.

### III

Son tres las historias que componen El tiempo es el que es. En la primera, viajamos (espero que vosotros a nuestro lado) hasta el año 780 («El conde del Tiempo»). Luego, yendo y viniendo del tiempo actual, hacemos transbordo hasta 1603 («Después del buen tiempo, la tempestad»). El final de este viaje se data en 1943 («Tiempo de espías»).

Temporalmente, las tres historias transcurren entre los capítulos 19 y 20 de la segunda temporada de El Ministerio del Tiempo. Es decir, entre «Tiempo de lo oculto» (guión escrito por Borja Cobeaga y Diego San José, dirigido por Javier Ruiz Caldera) y «Hasta que el tiempo nos separe» (escrito por Carlos de Pando, Javier Pascual y Anaïs Schaaff, dirigido por Jorge Dorado).

Son misiones «ocultas» en el desarrollo de la serie para convertirse en novela. Y cada una tiene sus razones para serlo con una cuarta historia que subyace a lo largo de toda la narración: el personaje de Lola Mendieta.

«El conde del Tiempo» es un homenaje a Pablo y a la historia de la propia serie. Es un capítulo que fue desechado por TVE (por razones evidentes, que Pablo y yo compartimos inmediatamente) porque su protagonista no era un personaje conocido de la Historia. «Aunque nos gusta la trama, eso es algo que podemos permitirnos en una segunda temporada, no en una primera», dijeron atinadamente. No tardamos ni una hora en darles la razón. Así trabajamos con el Departamento de Ficción de TVE: en positivo y sumando.

Como la historia funcionaba, elementos de esta historia pasaron a otros capítulos. Esencialmente, al dedicado al Lazarillo de Tormes y al personaje de Leiva. Pese a que todo seguidor de la serie lo va a captar de inmediato, me parecía que, como curiosidad, tenía perfecta cabida en esta novela.

El concepto de esta historia es uno muy habitual en nuestra serie: la tenue barrera que separa la Historia de la leyenda, basándonos en la figura de Bernardo del Carpio. Para unos, existió; para otros, no. Para los primeros fue el héroe que

acabó con Roldán en Roncesvalles. Para Elías Sotoca, insigne agente del Ministerio del Tiempo (antecedente, insisto, de Leiva) es la excusa perfecta para convertirse en aquello que, por obligación de su trabajo, debe proteger: un héroe de nuestra Historia. Y ha decidido dos cosas: ser Historia en vez de protegerla y mandar un mensaje al Ministerio al respecto.

«Después del buen tiempo, la tempestad» y «Tiempo de espías» son exactamente lo contrario: nuevas historias susceptibles de ser algún día capítulos de la serie. No nos importará descontextualizar estas tramas de la línea temporal de esta novela. Porque la novela bebe de la serie, pero son cosas distintas. Y estas dos historias merecen ser convertidas en imágenes, como otras que guardamos en el ordenador y que no han sido capítulos de la serie por la sencilla razón de que no son asumibles económicamente con nuestros actuales presupuestos. Mar, barcos, playas, viajar a la Huelva de 1943 para resolver una trama de espías durante la Segunda Guerra Mundial o viajar en un barco de la Flota de Indias cargado de plata... Algo prohibitivo a día de hoy para la producción de la serie. Lástima.

Como apunté antes, entre estas tres historias hay un hilo conductor: Lola Mendieta; un personaje que sin duda, si los medios de producción hubieran sido otros, habría merecido un mejor desarrollo. Esta novela es un homenaje a ella. Quién sabe si, a través de las puertas del tiempo, nos volvamos a encontrar con Lola y tenga el trato que se merece, como trasunto de un personaje tan real como excepcional: Marina Vega, espía y cazanazis. La única mujer española en la red de espionaje del momento.

Siempre intentamos hacerlo lo mejor posible. Pero a veces no lo conseguimos. Mil perdones.

Si habéis llegado hasta aquí, es porque tenéis en vuestras manos la primera novela de El Ministerio del Tiempo. Gracias. A vosotros. A Javier Pascual y Anaïs Schaaff por su esfuerzo y su talento. Y a Emilia Lope por su fe y por su paciencia.

A disfrutar, ministéricos.

JAVIER OLIVARES

## PRIMERA PARTE

# EL CONDE DEL TIEMPO

### Deudas pendientes

#### I

Enrique Asenjo hacía fotos, pero no era el fotógrafo que había soñado ser. De joven, allá por los años ochenta, Robert Capa era su ídolo. El héroe romántico que murió por estar demasiado cerca de la noticia.

Cuando empezó a detener la vida en imágenes, Enrique no tenía otra obsesión que viajar a lugares de conflicto. Demostrar que podía ser digno de pertenecer a la agencia Magnum.

Pero los sueños raras veces se cumplen.

A sus cincuenta y ocho años, se ganaba la vida como fotógrafo. Pero nunca había ido a una guerra. Ni siquiera había conseguido entrar en nómina en ningún periódico como reportero gráfico. Sin duda, su aspecto escuchimizado, sus dioptrías y sus pies planos no le facilitaron el camino.

Ahora fotografiaba obras de arte y, sobre todo, códices. Libros antiguos que no le interesaban un pimiento. Estáticos, presos de una época que ya pasó, tal vez como él mismo. Tal vez como el concepto romántico del reportero fotográfico.

Quien siempre había soñado con captar el momento decisivo se tenía que conformar con captar una imagen inmóvil. La vida de los peces de colores que tenía en su casa (su única compañía) le parecía mucho más apasionante que su propia existencia.

Aquel día, Enrique había viajado a Burgos, al monasterio de Santo Domingo de Silos, a fotografiar los beatos que allí guardaban. Todos valoraban su cuidado con materiales tan frágiles. Pero él se aburría. Eso sí, profesional como nadie, Enrique hacía una foto y luego otra, mientras al fondo se oían cantos gregorianos. Llevaba horas oyéndolos, y deseando que variaran de tema y cantaran a capella el Boys Don't Cry de The Cure. Por ejemplo.

Necesitaba cambiar de música de fondo tanto como de vida. Anhelaba más que nunca ser Robert Capa. O que le ocurriera algo que le devolviera la pasión por lo desconocido. Y siguió haciendo fotos del Apocalipsis convertido en grafitis arcaicos.

De repente, a través del visor de la cámara, vio una anotación al margen, escrita con caligrafía moderna pero con tinta antigua. Él sabía de esas cosas.

La anotación decía:

Me llamo Elías Sotoca y estoy atrapado en el año 808 en el castillo de Saldaña.

Llamen al 702 400 400. Es urgente.

PS: este beato no es una copia; es el original, imbéciles.

Enrique se desmayó.

¿Para qué vamos a engañarnos? Madera de aventurero no tenía.

## II

Amelia Folch salió de su casa con paso firme para viajar hasta el siglo XXI como quien coge en su época el tranvía.

Desde luego, pocas personas podían decir que para llegar a su puesto de trabajo debían viajar de finales del siglo XIX a principios del siglo XXI. Pero ya estaba acostumbrada.

Antes, cada vez que pasaba por la puerta temporal de la botica situada en el carrer de la Princesa hasta llegar a la puerta del Último y Principal Ministerio, sentía una profunda sensación de vértigo. Ahora, lo que le producía esa sensación era otro asunto. Todo había cambiado para ella desde que descubrió que su tumba había desaparecido. ¿Tendría algo que ver con ello haber hecho el amor con Pacino? ¿Habría cambiado su futuro sólo con ese acto? No atinaba a encontrar respuesta.

Antes tenía una certeza: su tumba, la fecha de su muerte. Desaparecida ésta, ni siquiera eso le quedaba. Lejos de alegrarse, de sentirse liberada por un fatum tan evidente, se sentía incómoda. Aturdida.

Pacino se fue. Julián volvió. Y ella quedó entre medias. Reaccionando como podía a todo un torrente de emociones y de sorpresas. Cada vez tenía algo más claro: una cosa era estudiar y otra, la vida. Y ésta le había proporcionado tantas lecciones en tan poco tiempo, que no lograba salir del aturdimiento más que cuando se centraba en una misión. Se sentía confusa, porque nunca había vivido ese tipo de experiencias.

Pero había algo que tenía claro: nada podía rebajar su eficacia. Nada podría atentar contra su independencia.

Sumida en estos pensamientos, traspasó la puerta 395 y subió dos pisos hasta llegar a la plataforma donde, puntual, siempre la esperaba el bedel para darle los buenos días.

Era un ritual que se repetía cada día.

—Buenos días, señorita Folch.

Pese a que el bedel nunca pronunciaba bien su apellido (lo castellanizaba remarcando la «ch», en vez de pronunciar «folk»), ella siempre sonreía y le devolvía el saludo, dándolo por imposible.

—Merece madrugar sólo por llegar a tiempo para ver su sonrisa.

—Gracias.

Tras las cortesías de rigor, llegó a la galería subterránea. Desde allí atisbó a Julián tomando un café. Entró y se sonrieron dándose los buenos días. Después hablaron de cualquier cosa menos de lo que más les preocupaba.

A los dos.

Profundamente.

A Amelia le atormentaba cómo contarle a Julián que ya no existía su tumba. Ni el niño de la foto en la que ellos posaban como padres felices. Aunque difícilmente le podría contar lo del niño, cuando no le había hablado siquiera de la foto. Aquella que rompió cuando Julián aún estaba en shock tras viajar en balde al pasado para salvar a Maite.

Amelia podía creer (y sólo hasta cierto punto) que la foto de boda era la continuación del engaño a sus padres. El efecto de la triquiñuela que urdió con Julián, haciéndose pasar éste por su pretendiente. Pero la otra, la del niño... Era ir demasiado lejos en el engaño.

¿Cómo contarle eso a Julián?

Él le había dicho que la quería. Pero como amiga. Que la única mujer de su vida era Maite. Recordar aquel momento aún le dolía a Amelia. Tal obviedad (la obsesión de Julián por su fallecida esposa) supuso un desprecio que avivó en el alma de Amelia una pregunta que jamás se habría planteado: «¿Acaso no podría ser yo la mujer de tu vida?».

Así son las cosas del afecto: el más leve rechazo es gasolina que aviva un incendio. Hasta el que no ha empezado a mostrar sus primeras llamas.

—¿Todo bien? —le preguntó Julián.

—Sí, claro.

Amelia mentía, evidentemente.

Y Julián lo sabía, por supuesto.

### III

Julián tampoco podía decir que anduviera muy fino, como decía su padre cuando le molestaba su maldita úlcera. «Hoy, muy fino no estoy», decía su padre cuando notaba el arrechucho. «Tienes que ir al médico», le respondía siempre su madre, cuando no el propio Julián. «Deja, deja... Que los médicos son como los talleres mecánicos. Llevas el coche porque tiene una avería y te descubren otra media docena», concluía el hombre.

Media docena de averías eran las que tenía Julián en su alma. O más. Y todas le llevaban a la más profunda de las contradicciones.

Por un lado, se sentía fracasado por no haber podido salvar a Maite.

¿Por qué otros habían podido cambiar el pasado y él no?

Él mismo había ayudado a que el hijo de Alonso no partiera en la Armada Invencible hacia una muerte segura. Y el propio Alonso había evitado que Blanca, su esposa, fuera maltratada por su nuevo marido. Pensándolo bien, cada una de sus misiones había tenido éxito cambiando algo en la Historia para que ésta siguiera como está.

La de vueltas que su cabeza le había dado a los mecanismos del tiempo y del propio Ministerio.

Era como si no hubiera una matemática, sino una narrativa, una novela. Y quien la había escrito era un hideputa, que diría Alonso.

Era como si el azar y el destino fueran tan retroactivos como lo son cotidianos. El puto aleteo de la mariposa de los cojones.

¿Y si para salvar a Maite no tenía que haber ido al momento del accidente? Tal vez podía haber cambiado las cosas yendo a la noche anterior, a ver al tipo que conducía borracho y que provocó el accidente. Por lo menos, así no sería él quien lo provocara. Porque la primera vez no estuvo allí. Él llegaba con la ambulancia... Pensaba en todo esto y le dolía la cabeza. Pero al momento volvía al mismo tema.

Sí. La clave estaba en ese tipo. Había investigado y sabía cómo se llamaba: Antonio Ortiz Recuenco. Casado, con dos hijos. Comercial de una empresa de seguros. Nunca se emborrachaba. ¿Por qué esa noche sí lo hizo? ¿Por qué esa noche no fue a su casa y en cambio estuvo de turgurio en turgurio hasta la hora en que Maite salió a correr como cada mañana? ¿Qué le había pasado para romper



con sus hábitos de buen esposo y buen padre? Tal vez su mujer le engañaba con otro. O tal vez le habían despedido la tarde anterior y no se atrevió a decírselo a ella.

Entonces, a lo mejor podía viajar a esa misma tarde y evitar que le despidieran. Pero acaso le despidieron porque su jefe estaba en la ruina...

Pensaba y pensaba y acababa viajando mentalmente hasta el nacimiento del pobre hombre. Porque eso es lo que era el tal Ortiz Recuenco: un pobre hombre que le había arruinado la vida a Julián. Y se la había arruinado a sí mismo. Nunca pudo superar el haber atropellado a aquella joven menuda que corría en chándal. Entró en depresión; luego, en tratamiento psicológico. Y descubrió que beber le hacía olvidar la tragedia que había generado. Ahora, apenas hacía un par de semanas, Julián sabía que estaba internado en un hospital con un cáncer de riñón. Terminal.

Lo increíble fue que no se alegró por ello.

Todo este tiempo deseándole una muerte lenta y dolorosa y ahora le daba pena.

Porque le daba la sensación de que, como él, era víctima del azar y del destino.

Ese hideputa, que diría Alonso.

#### IV

Alonso prefería no pensar.

Adaptarse a 2016 estaba siendo duro. La aparición de Elena había dado un giro a su vida. Y la adoraba. Pero no era la misma mujer que Blanca, aunque físicamente fuera idéntica a ella. Elena decidía, discutía, plantaba cara cuando algo no le gustaba. A Alonso le parecía algo tan apasionante como agotador. Eran tan diferentes que en ocasiones sentía que estaba engañando a su mujer con otra que era igual que ella pero no lo era.

Sin embargo, él era un hombre de acción y pensar demasiado no es bueno para alguien que debe jugarse la vida para salvar la de los demás. Por eso hacía gimnasia. O entrenaba en la lucha cuerpo a cuerpo. El judo y el kárate le parecían una majadería para cursis. ¿Por qué hacer tanto paripé pudiendo dar un cabezazo al enemigo? La única técnica de lucha moderna que le parecía apasionante era el krav magá, el método oficial de lucha personal de las fuerzas israelíes (o eso le habían dicho). En él todo valía: golpes, patadas, estrangulamientos... Ésa sí era una manera digna de luchar.

Cuando no entrenaba krav magá, hacía prácticas en la sala subterránea de tiro.

Como ahora.

Tras vaciar el cargador de su Glock-17, se quitó los cascos que protegían sus oídos y pulsó el botón para ver el resultado en las dianas. Como era de esperar, todos sus disparos se agrupaban en un pequeño espectro del corazón de la figura dibujada en la diana. Todos... excepto dos que atravesaban su frente.

Entonces oyó la voz de Ernesto a sus espaldas.

—Siempre me ha maravillado su buena puntería con armas modernas. Desde el día que llegó usted aquí.

Alonso se quitó méritos:

—Un arma es un arma. Y yo soy un soldado.

—Sí, pero del siglo XVI.

Alonso levantó la vista y miró con amargura a Ernesto.

—Yo soy el soldado español de todos los siglos. Es mi maldición. Y mi fortuna.  
—Luego observó su arma—. Ojalá hubiera tenido una así en mi época. Es increíble la distancia de alcance de las armas de fuego de este siglo. Sobre todo con los rifles. A eso no me he acostumbrado todavía.

—¿Por qué?

—Cuando aprieto un gatillo aquí, y a media legua muere un hombre, me cuesta creer que soy yo quien le ha quitado la vida.

—Y ¿quién iba a ser, entonces?

—No sé. Quizá Dios.

Los buscas de ambos empezaron a sonar. Salvador los llamaba.

La patrulla y Ernesto se cruzaron antes de subir por el pozo. No se dijeron nada. En sus ojos se podía ver la concentración. Cada misión les hacía olvidar sus problemas. Antes las temían; ahora deseaban que cuando acabara una empezara otro viaje al pasado para preservar la Historia de España, ya que la suya parecía no tener arreglo.

Desde su vuelta del asedio de Baler, Julián ya había conocido a Felipe V, sabido de la crueldad de la Vampira del Raval y topado con un obsesionado por los misterios y la teoría de la conspiración (con razón) llamado Lombardi, a través del cual pudo estar frente a frente con el mismísimo Cristóbal Colón antes de que vendiera su proyecto a los Reyes Católicos.

En todas las misiones siempre recordaba lo que en su día le había dicho Salvador: no podía fallar a sus compañeros.

No se le olvidaba tampoco cuando le había acusado de egoísta, de «campeón del sufrimiento», antes de partir para Cuba. Cuando le dijo que si hubiera salvado a Maite, él jamás habría entrado en el Ministerio y, probablemente, el Empecinado o Lope de Vega habrían muerto antes de tiempo. Como Ernesto o Alonso...

¿Sería verdad todo eso, o sólo una artimaña del viejo subsecretario?

Ahora no tenía más tiempo para pensar en ello.

Angustias les sonreía.

—El jefe os espera.

## V

En la pantalla del ordenador, una foto de Enrique Asenjo. El fotógrafo, fotografiado.

Salvador inició su discurso:

—Enrique Asenjo Martínez, cincuenta y ocho años. Fotógrafo especializado en temas de arte. Especialmente, códices medievales.

—¿Trabaja para el Ministerio? —preguntó Amelia.

—No —respondió Irene Larra.

—¿Ha infringido alguna ley?

—Tampoco.

Salvador redujo el campo de posibilidades.

—No es a él a quien tienen que buscar —les anunció—. Sabemos perfectamente dónde está: internado por el shock que le produjo leer esto.

La imagen del fotógrafo desapareció de la pantalla y su lugar lo ocupó una página del códice que había provocado su desmayo.

Alonso se acercó a la pantalla y leyó en voz alta la nota de Sotoca:

—«Me llamo Elías Sotoca y estoy atrapado en el año 808 en el castillo de Saldaña. Llaman al 702 400 400. Es urgente. Posdata: este beato no es una copia; es el original, imbéciles.»

—Elías Sotoca... —musitó Ernesto.

Como si le hubiera invocado, en la pantalla del ordenador apareció la cara de Elías Sotoca. Un hombre de unos cuarenta años, moreno, de facciones marcadas y unos ojos que parecían tener vida. Que parecían estar viendo a quienes contemplaban su foto.

—¿De quién se trata? —indagó Julián.

Irene le respondió:

—Fue uno de nuestros mejores agentes. Apoyó a Leiva cuando se rebeló contra el Ministerio. Pero nunca pudimos atraparlo.

—Así es —subrayó Salvador.

La patrulla se miró preocupada.

—Entonces ¿no colaboró con Leiva cuando casi asesina a Isabel II? —preguntó Amelia.

—No. Desapareció tras la primera revuelta. Al parecer, tuvo sus discrepancias con Leiva. Era... Digamos... Más radical.

Julián no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Más radical que Leiva? —exclamó—. ¿Es eso posible?

Su comentario hizo que Irene bajara la mirada. Hablar de Leiva todavía le dolía.

—No anticipemos acontecimientos... Parece un mensaje de socorro —aventuró Irene.

—O una trampa —puntualizó Ernesto.

—¿Por qué habría de serlo?

Fue Salvador quien contestó a la pregunta de Amelia:

—Sotoca era nuestro experto en los siglos VIII y IX. Nadie en este Ministerio conoce esa época mejor que él. Ni siquiera ahora. Y es un hombre de acción; dudo que nada le pille desprevenido.